

Conocemos a Manuel Gutiérrez Nájera como poeta, cuentista, periodista y crítico literario, pero no como orador. "El "Duque Job" pronunció tres conferencias en los salones de la Prensa Asociada durante los meses de mayo y junio de 1892 y como siempre, hizo gala de su vasta erudición, de sus dotes de gran conversador; hizo derroche de imaginación y sobre todo, deleitó a los asistentes con su brillante ingenio. Reunimos aquí esas tres conferencias que fueron publicadas en la forma siguiente: la primera con el título de "Conferencias del 'Duque Job' en la Prensa Asociada", en *El siglo diecinueve*, México, 9a. ép., t. 101, año 51, n. 16,308, 12 de mayo de 1892, p. 1; la segunda titulada "El 'Duque Job' en la Prensa Asociada. Unidad de España. El demonio de medio día. Felipe Segundo. El pueblo más patriota", en *El Universal*, México, t. VII, n. 144, 15 de junio de 1892, p. 4 y la tercera, titulada "La civilización de España reflejada en su literatura", en *El Universal*, México, t. VII, n. 155, 29 de junio de 1892, p. 4. No han sido recogidas en libro.

En la segunda conferencia aparece un párrafo inicial que anotan los redactores y que dice así:

Gutiérrez Nájera es informal. Una hora nos hizo esperar a los que con tanto placer fuimos a escuchar su segunda conferencia en la Prensa Asociada; pero su talento le sirve de inmunidad y sabe, por otra parte, recomendar una hora de antesala con otra de hermosa distracción. El "Duque" al ocupar la tribuna fue saludado con entusiastas aplausos, que no por ser anticipados, premiaron suficientemente la elocuencia y erudición de que una vez más ha dado pruebas; mas como todos nuestros elogios resultarían inferiores a los que el orador merece, damos a continuación la mayor parte de su discurso, aunque advirtiendo desde luego que muchas de las brillantes figuras empleadas por tan conocido literato, deben haber escapado al cronista.

La tercera conferencia también se inicia con una pequeña nota de los redactores que dice: "Como teníamos anunciado, el lunes 27 de junio de 1892 dio don Manuel Gutiérrez Nájera, en los salones de la Prensa Asociada, su tercera conferencia pública, que deseando sea por su justo mérito, conocida de nuestros lectores, reproducimos enseguida."

La prosa de M. Gutiérrez Nájera, además de estar escrita con elegante estilo, pone de manifiesto el método comparativo que tan hábilmente maneja, y por qué no habría de hacerlo al hablar ante el público, en forma de conferencia. En la primera, comienza por decir que en la tierra hay dos grandes corrientes de "agua cálida y color azul oscuro", que siguiendo determinada ruta, no se mezclan con las "ondas frías y verdes que la cercan y oprimen"; así en el mapa literario, hay dos grandes corrientes que no se desintegran ni pierden su colorido: la corriente francesa y la corriente rusa; pero en el caso de la literatura rusa, dice, sólo podemos observarla desde lejos y sólo influye en nosotros a través de la literatura francesa; por tanto la corriente francesa es la que domina en este siglo (se refiere al siglo XIX), porque contiene "todas las literaturas en fusión", está abierta a los cuatro vientos del espíritu y "esparce su soplo en toda la humanidad civilizada". En esta primera conferencia queda planteado el tema por desarrollar, que por cierto, no llegó a exponer: la influencia de la literatura francesa en las literaturas latinoamericanas. Recuérdese que dominaba la lengua francesa y leía directamente en francés. En la segunda conferencia pasa a explicar el porqué la literatura española ha dejado de influir en nuestra literatura y para desarrollar el tema, acude a la historia de España, a la unidad religiosa, al amor y respeto por el monarca y al especial sentimiento patriótico de los españoles; en la tercera conferencia, presenta un verdadero ensayo histórico sobre la unidad de España basada en el catolicismo y demuestra conocer a los grandes críticos e historiadores de aquella época, a los que admira, porque dominan el arte de pensar como al inglés Thomas Babington Macaulay, a los franceses Saint-Beuve e Hippolyte Taine, a los españoles como Modesto Lafuente, Amador de los Ríos y Marcelino Menéndez y Pelayo, etcétera, y advierte la relación que existe entre la literatura y la sociedad.

Presentamos a continuación esas tres conferencias del "Duque Job" en la Prensa Asociada.

### I. *Preámbulo*

Señores:

De este mar interior que llamamos Golfo de México, y en el que vuelca su enorme ánfora fluvial el viejo Mississippi, parte, como de caldera en ebullición que se derrama, esa corriente de agua cálida y color azul oscuro, cuya poderosa atracción molecular o densidad intrínseca, la permite recorrer individualmente el océano sin confundirse con las ondas frías y verdes que la cercan y oprimen. Esa perenne errante no cesa ni abdica: conserva su calor y su color; cruza casi inmutable por el mar como la raza de Israel atraviesa por la historia; y es, pudiéramos decir, una fuerza viva, personal, visible,

respetada hasta por el grande indómito: el océano. Ya se tiende con molicie en una extensión de mil leguas; ya, constreñida y apretada, culebrea, se encorva y se escabulle por el canal de la Florida; ya traza hacia el este su curva estratégica; ya jadeante y recta llega a las costas de Islandia; y, en toda su azarosa correría, se la ve distinta, íntegra, sin menoscabo de la virtualidad que recibió, al ser engendradora, en el foco eléctrico del globo.

Esa corriente tiene una hermana: la que nace en el mar de Java. Y ambas, la atlántica y la índica, la que llaman los japoneses el río negro, y la que nosotros llamamos, rindiendo al idioma inglés inútil pleitesía, *gulf-stream*, son vehículos en que viaja el calor distribuyendo vida. La corriente nuestra, la que sale del golfo como interminable chorro hirviente, lleva el alma de los bosques americanos a la helada Noruega; arrastra el leño que crepita en el fogón del irlandés y entibia con su hábito el casi exangüe cuerpo de Groenlandia.

En la literatura hay, señores, también grandes corrientes perceptibles, inequívocas, cuya marcha y potencia prolífica pueden ponderarse: sólo que estas corrientes no siempre son las mismas ni brotan de igual punto, porque la patria del entendimiento, en el proceso de la peregrinación humana, el núcleo, la capital, la Roma de la idea, ora está en este pueblo, ora en aquél. La antorcha vivifica, la que más alumbró las inteligencias, va pasando de mano en mano, o mejor, de gente en gente, como aquella, símbolo de la vida, y a la que vida inmortal dio el gran Lucrecio. El arte fue ateniense; el arte fue ciudadano de Roma cuando Roma era el mundo; el arte le dijo a Italia —¡oh blanca madre!— y el arte fue español y corrió toda Europa al frente de sus tercios victoriosos y vino a enseñorearse de América en la carabela de Colón. Lleva, como el nómada, su tienda al hombro, y plántala allí donde bulle el agua, donde hay sombra, donde la mies prospera, donde es fecunda la naturaleza. Él, como la mujer, huye instintivamente de la impotencia y se adhiere al fuerte, al apto. Es fatalmente adúltero abandonando a la ya estéril Grecia; mas por aquel adulterio divino nació cantando el primero y hermoso Euforión. Es fatalmente ingrato cuando huye del agrietado torreón feudal, cuando rompe la clausura del convento, cuando vuela del pergamino al aire libre; mas era fuerza que dejase a España, orando en el Escorial, la energía ya con avidéz solicitada por joven matriz apercebida a procrear. Y en todas esas fugas, en todos esos éxodos, en todas esas veleidades, en todos esos adulterios, el arte obedece al instinto de la propia conservación y al instinto invencible de reproducirse siendo infiel a una amada, es fiel siempre al amor.

Si es constante el hecho de que en un período histórico más o menos fijo para una civilización o para un grupo de civilizaciones afines, el pontificado artístico se determina y establece en un pueblo preponderante, casi pudiera decirse en una ciudad privilegiada. Tiene sus protestantes ese Vaticano; desconocen su autoridad los vencidos que se refugian en las catacumbas; surge

incipiente, tartamudeante, un Lutero que tal vez mañana se adueñará de las conciencias; pero el dominio existe: hay un poder activo. No empece este poderío la diversidad de las manifestaciones artísticas, así como no hay tirano que impida el brote de las individualidades enérgicas; no son de fe sus dogmas ni de estricta obediencia son sus cánones; pero tiene creyentes, incondicionalmente sumisos y con atisbos de herejía, y en una gran masa ejerce autoridad. En ese mar desembocan varios ríos; pero él, es el mar: el mar vivo de hoy, el que algún día será de hielo; pero que ahora copia las estrellas, ciñe a la tierra con sus brazos, y perpetra esos crímenes que se llaman naufragios.

Ya el historiador, a manera de anciano piloto que descansa en la playa, ve los que en tal o cual época parecieron mares, como líneas, cintas de color preciso y propio cuya fuerza impulsiva e ingénito vigor las hicieron distinguirse, casi personalizarse, en el grande océano. En el mapa literario se ve el ascenso de la curva helena; la más pausada, pero más segura marcha de la curva latina: y el conquistador avance de la curva española. No investigar —que investigado está— sino decir cuál es la corriente que hoy tiene mayor fuerza en la literatura contemporánea, será el objeto de estas conferencias.

*Dos grandes corrientes me parece ver, como la que parte del Golfo de México y la que parte del mar de Java; dos que no se desintegran ni pierden el genuino colorido; dos perfectamente visibles en el desarrollo literario de la moderna civilización: la corriente francesa y la corriente rusa. América se recoge. De América es el mañana. Aparte, hay individualidades; pero no hay literatura. España e Italia, no desfallecidas, pero sí cansadas, reposan y lentamente recuperan fuerzas; Alemania, bajo el casco de Prusia, no posee, carente de unidad estable, un Tirteo que la anime en sus púnicas guerras; y la marmórea, yacente estatua del gran Goethe aguarda el rayo del sol que haga vibrar sus labios, como vibran, al nacer el día, los de la estatua de Memnón; Inglaterra, la isla, la egoísta, pudo crear en días remotos genialidades supremas como la de Shakespeare y como la de Byron, fuerza cósmica aquélla, sembradora de astros; fiebre hermosa la otra de un individualismo concertado; pero ni hoy ni nunca la literatura inglesa ha marcado su estela en la literatura universal; tuvo hombres mas sin descendencia, porque el genio en esa tierra es célibe e intelectualmente casto, solitario: su tipo característico es Robinson, como el de la española es don Quijote.*

Sólo dos literaturas influyen decisivamente en este momento humano: la francesa y la rusa. Pero la rusa no puede influir en nosotros sino a través de la francesa. Nos sorprende, nos hinca la garra en la nuca; pero vémosla algo de oso que nos obliga a huir. Ese *nirvana*, ese anhelo del no ser, viene del polo norte, y nosotros procedemos más bien del ecuador. Vamos, por consiguiente, a la literatura rusa, a la razonada blasfemia de Tolstói, como

por curiosidad, como el que se aproxima a una jaula de fieras. Pero la vemos desde lejos, temerosos de que la bestia rompa los barrotes de su cárcel. Ese infeliz esclavo que se queja, no ha visto nuestro sol ni ha sentido nuestra libertad. Es un extraño a quien compadecemos. Hay almas en las cuales encuentra eco o más bien encuentra hermano ese quejido lastimero que ya no es el del calumniado Schopenhauer, sino el grito de angustia en que prorrumpen la vida atenaceada; pero esas almas, próceres en infortunio, no componen la gran masa y pertenecen a la pensativa aristocracia del dolor. Por modo que, esos irreductibles pesimismos de la literatura rusa, no podrán influir sino reflejadamente en nuestra raza.

La corriente francesa es la que domina en este siglo, porque en ella vienen todas las literaturas en fusión. Es la más fosforescente, la más dueña de vida. No ha sido nunca la más personal, pero sí la más apóstol. No será el Padre, pero sí es el Verbo. Está abierta a los cuatro vientos del espíritu y esparce su soplo en toda la humanidad civilizada.

Personalísima fue la literatura española: se llama Quevedo, se llama Cervantes, se llama Calderón, se llama Lope. La francesa, esencialmente voluble y tornadiza, pasa innominada por la historia. De ama, la tuvo un cura: Rabelais; de esposa un marido infortunado: Molière; Voltaire logró seducirla, pero jamás en alma y cuerpo se entregó a ninguno de ellos, porque es la enamorada coqueta de la humanidad.

Seguir la influencia de esta literatura en las literaturas latinoamericanas, será el objeto de estas conferencias que hoy empiezo y que de intento haré breves. A la convicción de mi notoria insuficiencia se sobrepone la certidumbre de que puede ser un tanto cuanto útil indicar qué gérmenes mórbidos o qué miasmas pueden aspirar los jóvenes en el aire que de Francia nos llega.

En mi próxima conversación explicaré, según mi leal saber y entender, por qué ha decrecido la influencia española en nuestras letras. Hoy, y por excusa, digo: perdón. Como amenaza: volveré.

## II. *Unidad de España. El demonio del medio día. Felipe Segundo.* *El pueblo más patriota*

Señores:

La unidad de Italia lleva a guisa de membrete este nombre: CAVOUR; la unidad alemana fue forjada en el yunque por Bismarck; la Francia es un orga-nismo; la unidad de las Islas Británicas es obra del mar y del pirata que en su barco violó la pobre Irlanda; la unidad de Austria-Hungría la hizo el diablo; la de España, la hizo Dios.

Con esta frase queda connotado el concepto católico de la nacionalidad española, su virtualidad preponderante que la ha mantenido íntegra sin que

las doctrinas liberales hayan determinado su ruptura; puesto que todavía al anochecer del siglo XIX, un mes hará, don Antonio Cánova del Castillo retrocedía medroso ante la separación de la Iglesia y el Estado, como si temiera que la ira popular arrancara la mano del sacrilego una vez signado tal divorcio, para clavarla en la chapeada cancela de algún templo.

Todavía hace un mes el Presidente del Consejo de Ministros decía en las Cortes españolas que son reos de lesa patria los que separan el altar del trono.

La formación de la nacionalidad española no tiene la fuerza, como solía, generativa de su unidad. Subió a la cruz, de grado, como el profeta nazareno.

La unidad de Alemania está prendida con bayonetas, la de Austro-Hungría con alfileres, y la española está prendida al suelo histórico por una cruz semejante a las que clava la piedad en los sepulcros.

Nace esta unidad del matrimonio canónico de don Fernando de Aragón con Isabel de Castilla; entra a su mayoría de edad, como si entrara a un monasterio, haciendo voto de obediencia a las Austrias; deja en San Jerónimo de Yuste al neurópata conquistador por cuyas venas corría la sangre del Temerario y la de doña Juana la insensata; en el Escorial formula el voto de castidad que la separa de las ideas de la Reforma, y por último expulsando a moros y judíos, hizo el voto que hasta ahora cumple: el de pobreza.

Antes de los reyes católicos España parece un casillero multicolor de ajedrez en el que la mano de lo desconocido mueve reyes, reinas, alfiles, caballos y torres, que en sus movimientos rectilíneos rápidos y seguros, ayudan en la contienda al soberano.

Mas para que esas torres fueran de templos y conventos, se necesitó una gran evolución.

Primeramente era la torre del castillo; simbolizaba el feudalismo, y lejos de ayudar al rey poníale duro cerco, protegida por sus aventureros y pecheros.

Viste férrea armadura ese periodo histórico y parece que se encarama con sus castillos a los montes para caer después como alud sobre los pueblos. En él, robar es vencer, violar mujeres un derecho; todo se amuralla, el atrio de la iglesia, el monasterio, la ciudad, la casa; el abad monta en su bridón, el obispo desnuda la tizona, el monje lleva en la manga escondido su puñal; el feudo sorbe la vida y el trabajo del labriego y el pueblo desvalido se acoge al santuario, que suele ser para él, la caridad y que siempre es su esperanza.

El Cid es entonces el ideal del pueblo español, porque sin miedo a los abades ni a los reyes, combate con propio señorío, encarnando una de las fuerzas de la, más tarde, unidad española: *El Valor*. El Cid, señores, fue el Tenorio épico. (*Aplausos*.)

La Iglesia entonces, mientras envía al pueblo a las Cruzadas, se individualiza, allega para sí los elementos sanos, los disciplina, y por medio de sus torres y campanas, pone en comunicación a los dispersos que hoy componen la nación española. La torre no era una aspiración al cielo, sino un punto

estratégico: sus claraboyas se habían hecho para dar paso al fuego de arcabuces y bombardas; sus campanas sabían de memoria el toque de arrebato, y esas fortalezas que llamaron templos, tenían sobre el castillo la ventaja de hablar en nombre de un Dios amigo del villano.

El Moro, enemigo común, porque era enemigo de la iglesia, es odiado y ese odio coaliga a los señores de horca y cuchillo, que temerosos de las llamas del infierno, se juntan y se aprietan como viandantes aterrados en presencia del lobo. Lo que ni don Pedro el Cruel, Barba-Azul coronado, logró hacer con su monomanía homicida, ni doña María de Molina, con su prudencia, hizolo, aunque lentamente, el pueblo mismo.

La Campana de Huesca no sonó en toda España; la que con solemne toque llamó a la comunión, fue la campana de la iglesia.

El pueblo dividido, pero uno en sus creencias religiosas, asemejábase a la capa llena de remiendos y zurcida del estudiante salamantino.

El amor al monarca nunca fue tan fervoroso en España como en Francia. El Rey en esa nación era un virrey de Cristo y era el más español, aunque fuese extranjero, el que aparentaba ser más católico; pero el vasallo no se le rendía en cuerpo y alma, reclamaba fueros y privilegios y esa independencia de carácter, esa nación de derecho y de justicia están perfectamente representados en *El alcalde de Zalamea*.

Irrespetuoso y levantadisco es el español, cree cada uno ser toda España y dice en versos calderonianos:

Al Rey la hacienda y la vida  
Se ha de dar; pero el honor  
Es patrimonio del alma,  
Y el alma sólo es de Dios.<sup>1</sup>

El espíritu municipal jamás se perdió en España: vivos quedaron bajo el reinado de Felipe II los fueros de Cataluña, Valencia y en lo substancial los de Aragón. La nobleza no preponderaba desde que fue expulsada de las Cortes de Toledo y la hidalguía era patrimonio de todos, porque se ganaba peleando en Flandes o en América, con franceses o con sarracenos, pero esa hidalguía se asemejaba a la de los caballeros pobres y buscones de que habló Quevedo, y los hidalgos tenían que rezar diariamente la segunda parte del "Padrenuestro". Su nobleza era una marcha guerrera con letra escrita por el hambre.

La clase media se refugiaba en la iglesia; por el pasadizo del convento se iba a todo: a los honores, a las dignidades y sobre todo, al refectorio, que nunca falta en los conventos.

<sup>1</sup> Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), "Jornada primera", escena XVIII de *El alcalde de Zalamea*. Véase Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneira, 1852, t. 12, p. 73.

El clero era el que dominaba y así se explica que en el siglo XVI la tercera parte de la población española se compusiera de sacerdotes y de monjas.

La fórmula de gobierno en aquel periodo, según frase del conocido escritor, fue la de la DEMOCRACIA FRAILUNA. El espíritu católico formó verdaderamente la unidad; la cruz iba en el pomo de la espada, en el mango del puñal y se clavaba en todas partes; pero quien personalizó la unidad es el demonio del medio día, Felipe el Prudente, a quien yo no daré ese título.

Don Felipe el Prudente, el cruel o el impiamente católico, es una figura torva a la que se llega con pavor y frío.

Tengo vergüenza de admirarle y sin embargo le admiro como político, como español y como rey, pero después busco a Shiller, porque Shiller le habrá calumniado pero ha hecho que Felipe II mate a su hijo.

Me consuela que un poeta haya desterrado de la humanidad a ese prudente. Las pisadas de Felipe II apenas se oyen, es hombre que no hace ruido; amigo de las sombras y su figura se embebe en la historia como un borrón de tinta en el papel secante.

El rey Felipe es un número dos que al propio tiempo es un número uno porque señala y significa la unión indisoluble de la Iglesia y el Estado.

Aquel Felipe le hablaba a Cristo de vos y de tú al Papa. Se creía pontífice español que podía entrar a saco en el decálogo. No se sabe que haya reído; su espíritu fue cálido; su cuerpo sensual, pero no vencido por la concupiscencia; en sus amores *no tomó parte su espíritu; no trascienden tales encarnamientos* a la historia; pasan embozados recatándose el rostro; mata de frío con sus helados besos a una princesa de Portugal y se une a María Tudor, MARÍA LA SANGRIENTA, sin que, por fortuna para la humanidad, aquel matrimonio de tigres tuviera descendencia.

Felipe II vestía de negro, y verle se decía como del Dante, aunque en distinto tono: "Ese viene del Infierno".

Ha de haber infierno, y si no lo hay, que lo hagan para él; que lo ocupe él solo... ¡su maldad lo llena! (*Aplausos.*)

Sin embargo, Felipe II es la condensación de la unidad española. Cruzando entre las llamas de la Inquisición española y creyéndose alguacil de Cristo, él, personifica otra faz de la unidad de España: la resistencia al extranjero.

Para España no han sido extranjeros el austriaco ni el Borbón, porque estos son católicos: el extranjero ha sido el almojade, el bereber, el calvinista, y en suma, los no sujetos a la ley de Cristo.

Emerge de una creencia, pero la unidad de España existe y es fundamentalmente católica.

El patriotismo francés se explica de otro modo —y hablo del patriotismo más ferviente— porque el francés defiende su territorio no sólo porque es suyo, no sólo porque guarda los huesos de sus padres, sino también porque allí están encerrados sus ahorros.

El español no ahorra, nada tiene que ahorrar; su patriotismo es desinteresado y más activo y enérgico que el de todos los pueblos.

Éste es el carácter de la civilización española, y en la próxima conferencia estudiaremos cómo se manifiesta esa civilización en la literatura.

### III. La civilización de España reflejada en la literatura

Señores:

En la pasada conferencia establecimos dos puntos de partida. Primero: el catolicismo informó la unidad española; segundo: España ha repugnado instintiva y enérgicamente todo cruzamiento con extraños, siendo para ella extraño, cuando no enemigo, lo que está fuera de la religión católica.

Tenemos que volver a ese sendero, de noche, a tientas recorrido, porque la obscuridad y el apremio, impiden que el viajante siga el camino por donde va, y vamos a trazar las grandes líneas de la civilización española: tarea de todo punto necesaria y sin la cual no entenderíamos la literatura cuya pasada hegemonía estudiamos. La crítica científica de una literatura ha de basarse en los orígenes, en los caracteres integrantes, en el proceso evolutivo de la raza, de la nación o la provincia que produjo tal eflorescencia de la humana labor, porque, sin ese previo estudio, sólo se acarrean y allegan materiales para que el arquitecto levante el edificio, mas nunca se construye positiva, estable fábrica. El erudito escudriña, el biógrafo rebusca, hurga el anticuario; el crítico metodiza. Macaulay en sus portentosos *Ensayos literarios* y Taine, más claro todavía en su admirable *Historia de la literatura inglesa*,<sup>2</sup> señalan a la crítica el camino, condicionando toda personalidad literaria por el medio ambiente y sin perder de vista en el análisis estético el conjunto de la ciencia social. Ése es el método y sin él, sólo se hacen centones de noticias, índices de nombres, sargas enredadizas de cuentas más o menos brillantes, que tendrán valor para el erudito, mérito para el

<sup>2</sup> Sin duda alguna, Manuel Gutiérrez Nájera leyó la edición francesa *Essai d'Histoire et de littérature*, del historiador, ensayista y estadista inglés Thomas Babington Macaulay, más conocido como Lord Macaulay (1800-1859) en la traducción de M. Guillaume Guizot, París, Calmann Lévy, Éditeur, Libraire Nouvelle, 1882, y la *Histoire de la littérature anglaise* (1863) escrita por el filósofo, crítico e historiador Hippolyte-Adolphe Taine (1828-1893), al que considera como "erudito prodigioso, artista consumado, observador incomparable y estilista encantador, tiene otra cualidad rarísima entre los suyos: y que sólo han tenido en tanto grado como Taine, el célebre Prudhomme y Ernesto Renan"; véase "Notas y episodios de viaje a los Estados Unidos, de Alberto Lombardo", en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras: Crítica literaria I*, Ideas y temas literarios, Literatura mexicana, investigación y recopilación de E. K. Mapes, edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez, introd. de Porfirio Martínez Peñalosa, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1959, p. 231-232 (Nueva Biblioteca Mexicana, 4.)

bibliófilo, alimento para el curioso o bellezas para el artista, si artista fue el autor, pero que no componen un conjunto armónico bien cimentado y en el que se pueda hospedar la observación. Las monografías escritas por el insigne Sainte-Beuve y su más comprensivo aunque menos deslumbrador estudio sobre Port-Royal, descansan en este asiento científico, relacionando la literatura con la sociedad.<sup>3</sup> Porque las literaturas son productos tan naturales como la rosa y el vitriolo, como la virtud y el crimen.

Importa, pues, grandemente, el estudiar la tierra de que brotan, sus condiciones intrínsecas y los abonos que esa tierra ha recibido. No lo creyó así sin duda el padre agustino don Francisco Blanco García y por eso entre otras cosas, le resultó desquiciadísima la obra que ha muy poco publicó: *Literatura española en el siglo XIX*. Pero don Juan Valera sí entiende el asunto, y por eso dice hablando de este libro:

No sé hasta qué punto se puede prescindir, en una historia literaria, de dar una idea del estado político, de los cambios radicales y de los sucesos más de bulto que ocurren en la nación de cuya literatura se habla y que no pueden menos de influir en dicha literatura. Lo cierto es que el Padre prescinde, en mi sentir, demasiado de la revolución francesa y sus ideas; de las guerras napoleónicas; de la cruel desmembración del imperio español, cuando perdimos cuanto en el continente de América era nuestro; y de las mismas revoluciones y discordias civiles de la Península, cuya faz vino a cambiarse reemplazando un nuevo régimen al antiguo.<sup>4</sup>

Yo sí sé hasta que punto falta a la verdad el señor don Juan Valera, escéptico de manga ancha, de amplísimo talento y vasta cultura intelectual, porque él sí sabe, aunque taimado aparenta no saberlo, que no se puede prescindir ni un punto del estudio a que alude, y está asimismo en el secreto de que el padre escribió su *Historia* sin consultar con el Espíritu Santo.

Desentendiéndose del medio la crítica literaria es infecunda; o erudita solterona, como la de Cañete, o virgen creada en un rapto de amor por un artista.<sup>5</sup> Como esta última, es la crítica de Víctor Hugo, de aquel que todo

<sup>3</sup> Las monografías a las que Gutiérrez Nájera se refiere, escritas por el crítico francés Charles Augustin Sainte-Beuve (1804-1869), llevan el título de *Portraits littéraires. Écrivains politiques et philosophes. Tirée des portraits littéraires et des causeries du lundi* par... de L'Académie Française (1832-1875), París, Garnier Frères, 1892 y el estudio sobre Port-Royal se encuentra en *Histoire de Port-Royal* (1840-1848).

<sup>4</sup> El padre Francisco Blanco García (1864-1903) fue autor de *La literatura española en el siglo XIX*, obra de la que M. Gutiérrez Nájera sólo conoció la primera y segunda partes, porque fueron publicadas en 1891 (Madrid, Sáenz de Jubera Hnos.); la tercera parte vio la luz hasta 1896, por la misma casa editora, cuando Gutiérrez Nájera ya había muerto; este párrafo de Juan Valera (1824-1905), parece ser un comentario a los dos primeros tomos, por el contexto mismo y por la fecha del artículo en que aparece citado.

<sup>5</sup> Se refiere al literato y crítico español Manuel Cañete (1822-1891), quien fue

lo veía inmenso. Ni el Esquilo, ni el Isaías, ni el Dante, ni Shakespeare, son Shakespeare, Dante, Isaías ni Esquilo propiamente dichos; pero son cuatro fuerzas de la humanidad, agitando el espíritu de un inmenso poeta. Son de Hugo, como el sol es del océano, cuando el océano lo refleja. Leed el maravilloso libro, *William Shakespeare* en el que se va subiendo hasta llegar al coloso britano como por una escalinata de grandezas desplegadas en forma de abanico: parece que el poeta dice en sus páginas a Dios: —Tú creaste a estos hombres enormes. ¡Yo también!<sup>6</sup>

Pero repito que ésta no es la crítica, y por más que digresión sea este preámbulo, juzgué preciso hacerlo para disculpar la insistencia con que torno a consideraciones generales sobre el estado social de España.

Téngase en cuenta que se trata de una infidelidad del espíritu humano, de su divorcio de la civilización netamente española. El reo es augusto y me atreveré a decir que honrado. ¿La repudió por pecadora? ¿La repudió por estéril? ¿La repudió sin justicia y por libidinoso? ¿Tuvo o no tuvo razón? Éste es el problema.

A mi juicio la repudió por estéril y quiero exponer las causas de esa esterilidad.

En la conferencia anterior dije que el catolicismo informó substancialmente la unidad española: vamos ahora a inquirir cuál es el carácter, cuál es el tipo de ese catolicismo español. Procuraré condensar, *comprimir mi pensamiento*.

El español es por naturaleza indómito. El español cae desfallecido de hambre y como si pesara, invisible, sobre él la férrea armadura de sus antepasados, ni se levanta, ni lo intenta; pero el harapo de ese mendigo derrengado, es insolente como la púrpura imperial. Ese pordiosero no pordioseara al tender la mano, cobra.

El español cae muerto; pero la cruz que el deudo clava en su sepulcro, advierte que cayó quien yace allí, no derribado por un hombre sino vencido por un dios. El español dobla una rodilla ante el rey y ante el primate, mas como quien tiene de la rienda al bridón árabe, y le dice al mitrado o al señor: "Monta y pelea. Sea mi pierna tu escabel." ¿Quién es su patrono en el cielo? No es san Pablo, todo fe; no es san Juan, todo amor; es Santiago, un apóstol de a caballo, es un santo que rige corcel blanco y que, soldado de España, la obedece y por ella guerrea lo mismo en Flandes que en Otumba. ¿Cuáles son sus vírgenes? Las Amazonas, las guerreras: la de Covadonga, que pelea con el moro; la del Pilar, que rechaza a los franceses.

nombrado académico de la Lengua Española en 1857 y por más de treinta años se esforzó por depurar el gusto del público; sin embargo siempre resultó demasiado académico, cosa que le reprocharon Leopoldo Alas y "Fray Candi".

<sup>6</sup> Véase el *William Shakespeare* (1864) escrito por Víctor Hugo en *Oeuvres complètes. Philosophie*. París, J. Hetzel et Cie., A. Quantin, 1882, t. II; autor que siempre admiró Gutiérrez Nájera y del que conoció toda su obra.

Hay algo de masculino en esas vírgenes, como también hay algo de masculino en aquellas mujeres heroicas y desgreadas que morían por España en Zaragoza, ahogando el grito de la maternidad, diciendo al hijo niño:

—Soy la loba de la epopeya; sé el lobezno.

¿Quiénes son sus héroes? No es la gran Isabel, no es el maquiavélico Fernando de Aragón; no es don Enrique el Doliente; no es el sabio don Alfonso: es Guzmán el Bueno, ese feroz, que teatralmente, con parricida fanfarronada, arroja el cuchillo desde los muros de Tarifa para que maten a su cría; es Rodrigo de Vivar, que pone la mano en el rostro de su padre. El astuto, el caviloso Felipe II, no es el rey popular. Se impone por el terror, doblega por el enorme peso de plomo que hubo en ese espíritu y arroja el Escorial sobre España y aplasta a España el Escorial; enciende hogueras como en un bosque para ahuyentar a las fieras y a la rojiza luz de aquellas hornazas inquisitoriales, cobra ese hijo de Dios un colorido y un poder de diablo. Pero de ese hombre inmóvil, eternamente solo y triste, dice España lo que de él decía su pobre esposa: "Los besos del Rey, mi señor, me dan frío." Los reyes populares son los batalladores, los inhumanos. Don Pedro el uxoricida es popular.

Este carácter indomable del pueblo español, explica por qué el feudalismo no fue tan poderoso en la península, como en otras partes de Europa. No, allí el villano conservó siempre su entereza montaraz; allí el noble tuvo y aún tiene por suprema aspiración la de quedarse con la cabeza cubierta delante del Rey; y el fraile ha conspirado siempre contra el obispo.

La acometividad está en la idiosincracia española. En el escudo de España hay un león, y en el pueblo, la bravura del toro. Tiene esa raza la propensión a correr tierras heredadas del árabe, y como el árabe suelta la rienda a su caballo en el desierto, así también el español cruza a carrera tendida por la humanidad.

De este valor idiosincrático, nació la preponderancia del catolicismo, se levantó la cruz por lo alto, porque la cruz decía: "Con este signo vencerás." La media luna era el enemigo, era el alfanje, y la cruz fue el pomo de la espada. Inventó ese valor formidable un adversario digno de él: Satanás, y se alistó en las filas del único ejército a cuyo gran capitán puede obedecerse con orgullo: "Dios".

Pero ese diablo español no es tan fantástico, hechiceresco y vulgar como el italiano o como el alemán. No manda legiones de espíritus sino de moros o de luteranos. Es un diablo de carne y hueso. Para ese diablo hizo España un infierno propio de ella: la Inquisición.

Tener miedo del demonio era vergonzosa cobardía. Lo varonil era quemarle y contra el diablo musulmán, contra el diablo judío, contra el diablo luterano, se agrupó España bajo la bandera de Cristo.

El valor había hallado manera de ejercitarse y desahogarse en las esferas de la religión.

La condición rebelde, briosamente activa del español, también halló refugio, amparo, en la Iglesia.

Esta significaba un principio democrático, un principio de igualdad; buscaba su fuerza en el pueblo; de él se nutría; y al hijodalgo y al no hijodalgo le llamaba hijo de Dios. El clero, además, se fue formando de los desheredados y de los mal a su gusto sometidos a la tiranía del mayorazgo. Con los pecados de los próceres se hacía rico, porque éstos dábanle dinero pensando así comprar la bienaventuranza. Atesoraba, daba; y dando se hacía prosélitos. Para el hambre tenía el pan; para la miseria incurable, la esperanza; para el segundón y para el desposeído de títulos nobiliarios, la nobleza, que para el indelible imprime la orden sacerdotal; para el pechero, para el vasallo, el dogma de la igualdad, esto es, el pan para el orgullo. El español, obligado a mendigar metiéndose a fraile no abajaba su altiveza, porque ya entonces no era limosnero; pedía en nombre de Dios.

El valor, el orgullo, el anhelo de conquista y la miseria se fundieron en España formando el catolicismo, y digo que el anhelo de conquista, no sólo porque esa religión le daba a España aliados invencibles contra el enemigo humano y carnalmente odiado, sino porque la prometía, para más allá de la muerte, la inmensa conquista de la eternidad.

Este catolicismo no es el que, vestido de blanco, camina por el lago de Tiberiades; no es el que esparce fresca y aroma, como de follaje sacudido por el viento cuando pasa la lluvia, en el divino "Sermón de la montaña"; no es el que se presenta, con las manos llenas de rosas, a las santas mujeres, para anunciarles la resurrección; no es el que canta la unidad de la naturaleza y el amor universal en los labios ardientes de Francisco de Asís; no es el que defiende al perseguido con la inflamada elocuencia de Vicente Ferrer ni el que contempla a Dios con los ojos límpidos y estáticos de Teresa de Jesús.

Este catolicismo tiene color local, es profundamente español. Casi es una conquista de España. Presenta la primera de las tres fases sucesivas e inevitables, según Augusto Comte, de la actividad humana cuando obra en el medio externo, cósmico y social: "la militar conquistadora". El español no se ha rendido sin condiciones. Se arrodilla ante las imágenes; pero las imágenes han de montar a caballo para guerrear por él. *E se non, non*. El sacerdote de Dios se confunde con el guerrero desalmado y tan se compenetran, que surge en la historia religiosa esa especie de centauro que se llama el caballero de tal o cual orden cristiana.

La Iglesia tiene entonces en España una aliada poderosa; pero no una súbdita. Tratan ambas de potencia a potencia. A cada momento el nuncio llega, esgrime la excomunión y el Rey desvía de sí la excomunión con diestro y seguro quite de su espada. El Papa amenaza al Rey; el Rey intimida al Papa, y hay sorda, recóndita, perenne lucha entre Soberano y Pontífice; lucha que nunca se resuelve en el divorcio, porque no puede romperse el

retorcido vínculo del interés. Los dos antagonistas se tienen miedo; los dos se necesitan, y son antagonistas, son rivales mejor dicho, porque ambos aspiran a la posesión absoluta y única de la religión católica. El Papado es dueño de ella, en virtud de legítimo enlace; el Rey de España se la quiere arrebatarse o ser su amante, porque es fuerte. Uno y otro miden sus fuerzas y no empuñan el combate; celebran un pacto. El catolicismo da a España su unidad; España da al catolicismo su fiereza.

Este catolicismo español tiene sus franquicias, tiene sus privilegios, tiene sus fueros, tiene su justicia de Aragón, tiene su árbol de Guernica. Le habla al Vicario de Cristo, como el Cid le hablaba al Rey. Reza y blasfema. Besa la mano al Santo Padre; pero si el Padre santo le aprieta a él la mano, abofetea al Padre santo. Léanse las *Relaciones* de Pedro de Gante, secretario del duque de Nájera; léase el famoso *Diálogo* de Alfonso Valdés, y *La losana andaluza*, y la "Crónica" del juglar Francesillo de Zúñiga y sobre todo léanse los tremendos comentarios políticos de don Diego Hurtado de Mendoza, representante de Carlos V en Venecia, en el Concilio de Trento y en Roma: por ahí se verá la guerra doméstica que había entre la realeza española y el papado.<sup>7</sup>

Ese catolicismo español es altamente irrespetuoso. Toda la literatura picaresca de aquella gran nación, que es la literatura más abundante y colorida, burlase del clero y fustiga sus vicios. El monje, reconociendo acaso su origen popular, regresa al pueblo y lo encarna en el teatro. Se llama Tirso y ríe; se llama Lope y galantea; se llama Calderón y dramatiza el Sacramento de la Eucaristía. La fe católica es la que sigue y acorre al aventurero, al burlador, al bandido, como sigue y auxilia la soldadera al soldado mexicano. Vemos esto en todo el teatro español y patente en *La devoción de la cruz*, en *El Purgatorio de San Patricio*, en *El esclavo del demonio*<sup>8</sup> y en la *Fianza satisfecha*. El bandolero, el forajido, sálvanse en el último trance porque han creído. Éste es un principio protestante característico del catolicismo español.

Mas, no obstante la lucha entre pontífices y reyes, el lazo era indisoluble. Menéndez Pelayo dice, y con razón, que más cuenta le habría tenido a Felipe II abandonar los Estados de Flandes y vivir en paz con Inglaterra, pero

<sup>7</sup> De Alfonso de Valdés (?-1532) véase el *Diálogo en que particularmente se tratan las cosas acacidas en Roma en el año 1527* y el *Diálogo de Mercurio y Carón*; los dos constituyen un verdadero tesoro de la lengua castellana. También véase la "Crónica de don Francesillo de Zúñiga" en *Curiosidades bibliográficas*, colección escogida de obras raras de amenidad y erudición con apuntes biográficos de diferentes autores, por don Adolfo de Castro, Madrid, M. Rivadeneyra, 1855, de la *Biblioteca de autores españoles*, t. 36, p. 9-54.

<sup>8</sup> De Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), las comedias: *La devoción de la cruz*, *El purgatorio de San Patricio*, *El médico de su honra* y *A secreto agravio secreta venganza*, fueron leídas por M. Gutiérrez Nájera en la *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1851, t. 7, p. 54-68, 149-166, 347-366 y 595-610 respectivamente; *El pintor de su deshonra*, en el t. 14, p. 65-86.

que ningún gobernante español podía dejar que la herejía se entronizase en las marismas de Batavia o que bajo el cetro de la sanguinaria Isabel oprimiese la conciencia de los católicos ingleses. Pero, a mi juicio, el ilustre santanderino se equivoca, o más bien, no dice toda la verdad. La herejía no era sólo la enemiga de la Iglesia, sino que era la enemiga de España, y como la Iglesia y España estaban ya unidas para siempre, por el instinto de la propia conservación, la combatió Felipe II. No altruista, es egoísta el sentimiento que predominó en aquel monarca, por más que en ese egoísmo cupiera toda la nación. Del cinturón de Felipe II colgaba como una gran camándula la unidad española, hecha de cuentas sueltas, y él vio claro que el hilo de esa camándula era el catolicismo.

Pero, ¿qué catolicismo era éste coexistente con la rebeldía al Papa, con el desenfreno de las costumbres, con la blasfemia, con el bandolerismo y con el crimen? El catolicismo español estaba subordinado a algo todavía más español: al honor.

El honor está por encima de la religión, el honor es la nobleza que el valor se da a sí mismo. Es el Justicia de Aragón que no obedece en todo al rey, esto es, a Dios, porque tiene su propia soberanía. Dios dice: no matarás, y el honor absuelve al que mata en duelo o al que mata a la esposa culpable. El honor coexiste con el hurto, con el pillaje, con la violación, con el suicidio. El honor sólo dice: sé fuerte y sé valiente. Hay bandidos generosos, y delincuentes honrados en la literatura española.

"Ejemplar de caballeros" llamaban a don Diego duque de Estrada, y fue de nobilísimo linaje y amigo y hombre de confianza del duque de Osuna, virrey de Nápoles, quien le agració con los empleos más altos. Leed la autobiografía de ese don Diego y resulta un tunante. Pero la estocada, la riña, el homicidio mismo, justificaban todo. Si se robaba matando al robado, el honor quedaba incólume.

Este honor se monta en el catolicismo, lo enfrena y después lo azota con su látigo. ¿Y qué es en suma? La glorificación del yo; la inmoralidad del individuo sobreponiéndose a la moral de Cristo y a la moral positiva. Es la religión del orgullo; es la vanidad laicamente canonizada.

¿Por qué mata el marido ultrajado o que sospecha ultraje en los dramas de Calderón, en *El médico de su honra*, en *El pintor de su deshonra*, en *A secreto agravio, secreta venganza*? Aprueban hoy algunos y yo apruebo que el marido burlado mate a la mujer; pero lo apruebo cuando mata porque ama, como Otelo amó a Desdémona y cuando como Otelo nunca ha sido perjuro; lo apruebo también, porque obedece inconscientemente en un arranque pasional, a cierto instinto de la especie que le obliga a eliminar a la adúltera para que no engendre más adúlteras.

El marido agraviado del teatro español, reflejo de las costumbres de aquella sociedad, mata en nombre de algo incoercible: del honor; mata en frío y no porque ama a la mujer, sino porque se ama a sí mismo. Ella debió

haberle sido incondicionalmente fiel hasta la muerte. Se le escapa, la divisa, la atrapa y la asesina, como a una esclava que se huye. El yo soberbio, el yo sin más juez que Dios, el yo selvático es en este caso repugnante. En ese yo está el honor; en ese yo está el español y ese yo se encaramó sobre el catolicismo. Si fuiste valiente, fuiste honrado; si fuiste valiente fuiste católico: en todo caso fuiste español.

Tal es el criterio que tenían, a mi juicio, los hombres de aquella raza y aquella civilización. Por el valor fueron al catolicismo, pero pusieron ese honor brutal, ese yo atlético, encima del catolicismo.

Señores, aventuro con miedo estas conclusiones, porque no puedo apoyarme en ningún autor, porque no tengo ningún guía. Si os hablara de la civilización inglesa, tendría al coloso Buckle. Pero débolo acaso a mi ignorancia, que es muy grande; no conozco ninguna historia positivamente crítica de España.

La *Historia* de Lafuente es un resumen de hechos escritos con admirable limpidez de estilo; la *Historia de los judíos en España*, monumental obra de Amador y la de los *Heterodoxos*, magistralmente delineada por Menéndez Pelayo, sí arrojan alguna luz sobre la esencia de la literatura española, aunque esta última refleje, más que ninguna otra, el espíritu reaccionario de su autor; pero, en puridad, el criterio científico aún no se aplica a la historia de España.<sup>9</sup>

Hablo, pues, por cuenta propia, y abrumba mis hombros, harto débiles, el peso de la síntesis que esfumo.

El español se incorporó al catolicismo sin perder su prepotente y pujante individualidad. Esa individualidad se llama honor; término que engloba vicios y energías. Y ese honor, sociológicamente hablando, sólo es egoísmo.

Hemos visto en España el instinto nutritivo o conservador: el instinto destructor; el instinto de orgullo o tendencia al predominio; el instinto de la vanidad o deseo de la aprobación teórica, y estos cuatro instintos entre los siete que señala Comte, como inclinaciones en el estado activo, como sentimiento en el estado pasivo, constituyen esencialmente el egoísmo.

Los otros tres instintos, el constructor, el sexual y el maternal o educador también los tiene la España a que me refiero y se manifiestan en su unidad —¡maravillosa construcción!— y en sus conquistas y en su educación de los pueblos conquistados; pero esos tres instintos entran también en el egoísmo.

Nos encontramos, pues, enfrente de una civilización egoísta y lógicamente egoísta, porque se cree depositaria de la verdad absoluta y única. El altruismo alberga en los Países Bajos al pensamiento, no libre, sino prófugo, perseguido

<sup>9</sup> M. Gutiérrez Nájera menciona aquí la obra de tres grandes historiadores y críticos españoles a saber: don Modesto Lafuente (1806-1866) autor de la *Historia general de España* publicada en Madrid de 1850 a 1867 (consta de veintinueve volúmenes); de José Amador de los Ríos (1818-1878), la *Historia de los judíos en España* (1848) y de don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882).

y acosado. El altruismo hace esa grande, inicua y sublime revolución francesa. El altruismo convierte a Francia, no obstante el egoísmo del francés, en la deslumbrante Juana de Arco de la humanidad.

El egoísmo lleva a España al convento; corta sus ricas trenzas y la fuerza a hacer voto de perpetuo celibato.

El celibato, señores, honradamente hablando, es siempre estéril.

En la próxima conferencia, creo que acabaremos de puntualizar las grandes líneas de la civilización española. Habría deseado ahondar, pero la piedra es resistente y mi barreta es una pluma.

Aquí termina la tercera conferencia.

Ignoramos la causa por la cual, la prensa mexicana no publicó más conferencias del "Duque Job"; sin embargo sabemos que días antes de su enfermedad, había sido elegido presidente de la Prensa Asociada de México y que postrado en el lecho, entre sueños y delirios, estaba pronunciando su discurso postrero, a lo cual nos dice Luis G. Urbina, quien estaba presente en ese momento:

Mas en la última gota de aceite de la lámpara, se prende ¡más hermosa y más intensa la llama! ¡Qué alta, qué pura, qué noble y armoniosa palabra la de ese orador que improvisaba un discurso académico al borde de la tumba que aún no terminaban de cavar para él... El artista había dominado su técnica a tal punto, que el escritor adorable se reproducía en el orador alado y fácil... ¿Cuánto duró el milagro? No lo sé; no lo sabremos nunca. Pocas veces la retórica ha servido de túnica refulgente a una alma trémula que prepara su vuelo al infinito.<sup>10</sup>

Así murió en la ciudad de México, el 3 de febrero de 1895.

<sup>10</sup> Bella evocación que hizo Luis G. Urbina en el "Prólogo y selección" a las *Poesías escogidas de Manuel Gutiérrez Nájera*, México, 1918, t. VII (Colección Cultural, 4.)

